



DIDÁCTICA DE LA INTERPRETACIÓN: LA COMUNICACIÓN NO VERBAL Y EL PROCESO INTERPRETATIVO

Interpreter Training: Nonverbal Communication and the Interpretative Process

RAQUEL SEIJO FERNÁNDEZ, BEATRIZ SOTO ARANDA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID Y UNIVERSIDAD REY JUAN CARLOS, ESPAÑA

KEYWORDS

*nonverbal communication
interpreter training
discourse análisis
consecutive interpreting
simultaneous interpreting*

ABSTRACT

This paper's focus is placed on interpreting training, offering teaching techniques that allow students to master the analysis, understanding and proper use of nonverbal communication. More specifically, it addresses the importance of paralanguage (that is, our voice and its characteristics) in the interpretation process, its influence on the verbal message and the relevance of its proper use in order to offer an accurate interpretation that keeps the intention and sense of the original message. A series of basic exercises for the development of the interpreting technique are offered as well.

PALABRAS CLAVE

*comunicación no verbal
didáctica de interpretación
análisis del discurso
interpretación consecutiva
interpretación simultánea*

RESUMEN

El objetivo del presente trabajo es ofrecer una serie de directrices didácticas para la formación de intérpretes, haciendo especial hincapié en el desarrollo de la capacidad de análisis, comprensión y dominio de la comunicación no verbal. En concreto, se centra en el paralenguaje, esto es, la voz y todas sus características, para poder interpretar adecuadamente su influencia en el mensaje verbal y poder realizar una traducción fiel al mensaje original, manteniendo su intención y sentido intactos. Asimismo, el trabajo propone una serie de ejercicios básicos para el desarrollo de la capacidad interpretativa en su totalidad.

Recibido: 31/ 07 / 2022

Aceptado: 30/ 09 / 2022

1. Introducción

Con cierta frecuencia, se oye la expresión «a interpretar, se aprende interpretando», y si bien es cierto que la experiencia se adquiere con la práctica, no es menos cierto que cualquier actividad requiere una base técnica que es preciso dominar para poder realizarla de manera adecuada. La interpretación es «una actividad cognitiva compleja» (Abuín, 2004:19), un ejercicio arduo, no solo en lo que a conocimiento lingüístico, cultural y temático se refiere, sino también a nivel cognitivo, incluso físico, pues requiere de un alto nivel de concentración y atención en distintas tareas que se realizan de manera simultánea, siendo todas igual de importantes y exigentes.

Pudiera parecer que la era de la tecnología y la información nos está acostumbrando a recibir múltiples estímulos constantemente; sin embargo, la realidad es que no nos está preparando para realizar distintas tareas complejas a un tiempo y prestarles una atención consciente —cuestión característica de la interpretación—, sino que nos está dificultando el desarrollo de nuestra habilidad de concentración, atención, análisis y procesamiento de la información.

Irónicamente, en un siglo caracterizado por la multiplicidad de canales de comunicación, a través de los cuales se genera una ingente cantidad de información, pueden observarse en distintos ámbitos de la sociedad grandes carencias a nivel comunicativo: (1) descontrol en la gestión de la información, (2) ausencia de lectura crítica y comprensión lectora, (3) incapacidad de extraer datos y conclusiones de textos escritos y discursos orales, (4) desconocimiento de la comunicación no verbal, tanto en la interpretación de los elementos no verbales empleados por un orador o interlocutor como en la falta de destrezas para controlar y emplear adecuadamente la comunicación no verbal propia.

Estas características se aprecian especialmente —y de manera reiterada y cada vez más común— en las aulas de interpretación en niveles formativos superiores, lo cual supone, sin duda, un hándicap en el proceso de enseñanza y aprendizaje de interpretación. Dado este contexto, y basándose en las observaciones realizadas en el aula, así como en el análisis de los resultados de los estudiantes de interpretación, el presente trabajo realiza una serie de propuestas didácticas para el entrenamiento de las destrezas que un intérprete debe desarrollar durante su formación y a lo largo de su trayectoria profesional, a saber: concentración, atención, memoria, división de la atención, capacidad de análisis y síntesis.

El trabajo realiza, asimismo, una serie de análisis prácticos para determinar (1) cómo los elementos no verbales afectan a la transmisión de un discurso, así como a la percepción del mismo por parte del público receptor; y (2) cómo la correcta interpretación y empleo de los elementos no verbales en el proceso interpretativo pueden determinar —y, de hecho, determinan— no solo la calidad de la interpretación, sino también la correcta transmisión del mensaje, junto con el cumplimiento de los códigos éticos del intérprete. Con base en estos análisis prácticos, la propuesta incide especialmente en la formación en comunicación no verbal, describiendo los elementos que la componen y su influencia en el sentido del discurso, explicando su implicación en la interpretación —tanto consecutiva como simultánea— y desarrollando una serie de directrices sobre cómo interpretar y manejar los elementos no verbales para el desarrollo de la profesión en condiciones óptimas.

2. Didáctica de la interpretación

2.1. La competencia interpretativa

Son muchos los autores que han tratado la cuestión de la denominada *competencia traductora*, es decir, las distintas destrezas que deben poseer los traductores profesionales; algunos menos los que escriben sobre estas capacidades adaptadas al mundo de la interpretación; y muy pocos los que abordan el tema de la comunicación no verbal y su influencia en el proceso interpretativo.

Una de las clasificaciones más reconocidas es la elaborada por Kelly (2002), que considera las siguientes habilidades como primordiales para que un traductor pueda desarrollar su labor con profesionalidad y ofrecer un servicio de calidad:

1. competencia comunicativa y textual;
2. competencia cultural;
3. competencia temática;
4. competencia instrumental/profesional;
5. competencia actitudinal o psicofisiológica;
6. competencia social; y
7. competencia organizativa y estratégica.

Por su parte, Valero *et al.* (2015: 141) realizan su propia propuesta de habilidades adaptadas al intérprete —en su caso concreto, al intérprete jurídico—, entre las que mencionan las siguientes:

1. competencia lingüística;
2. conocimiento de los países y culturas en cuestión;
3. habilidades y actitudes interpersonales;

4. habilidades de interpretación.

Si bien es cierto que la suya es de las pocas clasificaciones que diferencian las capacidades que requiere el ejercicio de la traducción y las que requiere el de la interpretación —puesto que no constituyen el mismo tipo de tarea ni requieren las mismas habilidades—, a nuestro parecer, la enumeración podría extenderse, pues el buen ejercicio de la interpretación requiere no solo una competencia lingüística, cultural y temática, sino también una serie de capacidades sociales, situacionales y adaptativas que están directamente vinculadas con la comunicación no verbal. Por todo ello, nuestra propuesta de las habilidades que componen la competencia interpretativa es la siguiente:

1. competencia lingüística: dominio de las lenguas de trabajo;
2. competencia cultural: conocimiento, comprensión y respeto por las culturas de trabajo;
3. competencia temática: dominio de los ámbitos de especialidad en los que trabaje cada profesional;
4. competencia social y situacional: en otras palabras, capacidad de adaptación a los distintos entornos, personas y situaciones en las que el intérprete pueda verse involucrado;
5. competencia profesional: conocimiento, respeto y cumplimiento de los principios éticos por los que ha de regirse el intérprete;
6. competencia comunicativa verbal: capacidad de expresión lingüística, con coherencia, claridad y cohesión entre las ideas;
7. competencia comunicativa no verbal: conocimiento, dominio y comprensión de la comunicación no verbal, su expresión e influencia en la transmisión del mensaje.

Establecidas las competencias principales que un intérprete debe desarrollar para el buen ejercicio de su profesión, consideramos relevante extenderse en la competencia profesional —directamente relacionada con los códigos éticos del intérprete— y la competencia comunicativa no verbal, en la que nos extenderemos en los dos próximos apartados.

2.2. Los códigos éticos y las emociones del intérprete

En el ámbito de la traducción y la interpretación, se habla de códigos éticos —en plural— porque al no existir un colegio de traductores e intérpretes que regule la profesión, tampoco se ha desarrollado un único código de conducta, sino que distintas asociaciones, sobre todo aquellas cuyo ámbito de especialidad es de cierta complejidad a nivel ético y emocional (como puede ser el ámbito jurídico o el sanitario) han ido desarrollando distintos códigos para dar respuesta a situaciones difíciles con las que los intérpretes de estos campos se encuentran a diario.

Entre los más conocidos y relevantes, nos encontramos con los códigos desarrollados por el Chartered Institute of Linguists, el Australian Institute of Interpreters and Translators, la Asociación Profesional de Traductores e Intérpretes Judiciales y Jurados o la International Medical Interpreters Association, entre otros. Los códigos desarrollados por estas asociaciones ha ido surgiendo para dar respuesta a conflictos éticos y morales a los que se enfrentan los intérpretes de distintas especialidades, para regular la profesión y para proporcionar un elemento en el que estos profesionales puedan apoyarse a la hora de enfrentarse a su propio trabajo de cara a sí mismos y de cara a los usuarios de sus servicios. Cada uno de ellos se centra en las características propias del campo de especialidad del que han surgido, pero todos ellos, amén de pequeñas variaciones, recogen los mismos principios básicos; a saber:

1. Imparcialidad: el intérprete debe ser neutral y no inclinarse a favor de una de las partes participantes;
2. Fidelidad: el intérprete ha de ser fiel al contenido del mensaje sin añadir, modificar ni omitir ninguno de sus elementos, ya sean verbales o no verbales;
3. Confidencialidad: el intérprete no puede emplear la información que le ha sido confiada o de la que ha sido conocedor en el transcurso de su trabajo para su propio beneficio ni puede transmitirla a terceros;
4. Integridad y profesionalidad: el intérprete ha de seguir los principios éticos y de conducta establecidos, ha de mostrar seriedad en su trabajo, atendiendo encargos para los que esté preparado y manteniendo al día sus capacidades y conocimientos.

Como se puede inferir de estos principios, la función principal del intérprete es funcionar de puente entre dos o más personas que no hablan el mismo idioma, consiguiendo que la comunicación fluya como si su figura de intermediario entre los interlocutores no existiera. Esto significa que el intérprete ha de intentar ser casi invisible, lo cual no resulta tan sencillo como puede parecer, sobre todo cuando este se encuentra inmerso en situaciones complejas a nivel emocional, ya sea por la relación entre los interlocutores, por la temática de la situación comunicativa o por el contexto situacional.

Las emociones [...] se dan en todas las relaciones que nos importan: en el trabajo, con nuestros amigos, en el trato con la familia y en nuestras relaciones más íntimas. [...] Pueden llevarnos a actuar de una forma que nos parece realista y apropiada, pero también pueden conducirnos a actuaciones de las que luego nos arrepentiremos de todo corazón. (Ekman, 2015: 11)

El principal problema cuando se trata de emociones en el ámbito de la interpretación es que estas suelen aparecer de manera espontánea y natural, y tan solo «nos damos cuenta de que respondemos emocionalmente

cuando la emoción ya ha comenzado» (Ekman, 2015: 267). La pregunta que cabe plantearse ahora es por qué esto debería afectar negativamente al intérprete mientras realiza su trabajo. La respuesta es sencilla: en ese intento de hacerse invisible, el intérprete no puede involucrarse a nivel emocional en la situación comunicativa, al igual que no debe mostrar sus sentimientos u opiniones. La función del intérprete es transmitir el mensaje tal y como se ha emitido, sin añadir, omitir ni modificar ningún tipo de matiz, ni a nivel verbal ni a nivel no verbal.

Para lograrlo, el intérprete ha de tener un gran conocimiento de los idiomas de trabajo, por supuesto, pero también un dominio muy alto tanto de su comunicación no verbal como de sus emociones, las cuales están directamente relacionadas. No obstante, la dificultad de estas tareas no es en absoluto equiparable. Un idioma se estudia, se practica y llega a dominarse; en cambio, las emociones y, sobre todo, los estímulos que desencadenan respuestas emocionales no son ni fáciles de detectar ni sencillos de dominar, ya que «[...] corresponde a la propia naturaleza de las emociones el que no sepamos del todo ni cómo nos influyen ni cómo reconocer sus señales en nosotros y en los demás [...]» (Ekman, 2015: 12).

Dado que cada individuo reacciona de maneras diversas ante distintos estímulos, no es posible relatar una serie de señales universales que nos indiquen que una determinada emoción está empezando a formarse, pero sí es posible entender cómo nacen las emociones para evitar que su aparición sea problemática, sobre todo en contextos profesionales. En ese aspecto, Ekman (2015: 266) explica que, para poder controlar nuestras emociones y dominar la expresión de las mismas, es necesario comprender lo siguiente:

Un elemento importante en cada perfil emocional individual es hasta dónde podemos controlar lo que hacemos, decimos y sentimos durante un episodio emocional, mientras que otro aspecto es la claridad con la que les hacemos notar a los demás cómo nos sentimos. Hay personas en las que las señales respecto a cómo se sienten son muy sutiles, incluso sin ningún intento de control de la emoción por su parte. Otras, sin embargo, presentan expresiones emocionales faciales y vocales muy claras y fuertes, aun cuando intentan tenerlas bajo control.

En otras palabras, el primer paso para poder dominar las emociones es conocerse a sí mismo: saber qué nos afecta emocionalmente y cómo tendemos a expresar esas emociones. Esto requiere algo más que reflexión, pues cuando se trata de emociones, la expresión de las mismas es, a menudo, inconsciente e indetectable para uno mismo; es decir, existe la posibilidad de que estemos expresando una emoción de manera no verbal de un modo muy claro para aquellos que nos observan sin que nosotros seamos conscientes de que estamos exteriorizando esa emoción, sin ser conscientes incluso de que la estamos sintiendo.

Esto no significa que un intérprete no pueda o no deba sentir emociones, en absoluto, tan solo significa que en el puesto de trabajo, un intérprete debe ser profesional, lo cual pasa por dominar sus emociones y entender cuándo le corresponde mostrarlas y cuándo no. A este respecto, Ekman (2015: 12) aclara que «no poseemos demasiado control sobre lo que nos vuelve emocionales; ahora bien, es posible, aunque no fácil, realizar ciertos cambios en lo que desencadena nuestras emociones y en nuestra forma de comportarnos cuando nos alteramos emocionalmente».

En efecto, dominar las emociones no es sencillo, pero tampoco imposible. Del mismo modo que el intérprete prepara vocabulario específico para cada proyecto, su trabajo también pasa por prepararse a nivel emocional, conociendo las situaciones en las que puede verse involucrado en función de su campo de especialidad y preparándose para enfrentarse a ellas. De este modo, no evitará que ciertos estímulos despierten respuestas emocionales, pero sí logrará estar prevenido y atento para detener esas expresiones emocionales a tiempo y dominar su kinésica.

Debemos identificar nuestros desencadenantes más sensibles y comprender qué factores determinan las posibilidades que tenemos de debilitarlos. [...] Cambiar la forma en que actuamos cuando nos ponemos emocionales de manera que nuestro comportamiento emocional no resulte perjudicial para los demás ni para nosotros mismos. La clave consiste en desarrollar un tipo de conciencia, que yo llamo *atención*, para que sepamos cuándo empezamos a reaccionar emocionalmente, antes de que haya transcurrido demasiado tiempo. (Ekman, 2015: 268-269)

Si a esto le añadimos una previsión y conciencia de las posibles situaciones que pueden darse en el transcurso de una interpretación, la expresión de las emociones estará bajo control y la profesionalidad del servicio del intérprete, asegurada.

Llegados a este punto, conviene aclarar que no se espera de los intérpretes que sean máquinas sin capacidad de sentir; de hecho, en según qué situaciones interpretativas, la falta absoluta de emoción y empatía pueden tener un efecto negativo tanto en los interlocutores que participan en la comunicación como en el resultado final del trabajo del intérprete —un intérprete que se muestra totalmente ajeno e impasible mientras interpreta el diagnóstico que un médico le da a un joven que padece cáncer no hará llegar el mensaje en toda su complejidad y con todos sus matices—. Tan solo pretendemos dar algunas nociones que permitan a los intérpretes dominar todos los

aspectos expresivos de sus interpretaciones para que estas sean fieles al original, imparciales y profesionales, lo cual requiere, entre otras cosas, no involucrarse emocionalmente en el contenido de la interpretación.

3. La comunicación no verbal en la interpretación

El esquema básico de comunicación establece que todo proceso comunicativo está formado por un emisor que envía un mensaje a un receptor a través de un canal determinado, empleando para ello un código concreto común entre ambos; ahora bien, es importante resaltar la existencia de una «pluralidad de “canales” que participan en el proceso de comunicación» (Castillo, 1982: 63).

Cuando hablamos, no nos limitamos a la simple emisión de palabras, sino que estas van siempre acompañadas de otra serie de elementos que apoyan el significado de las mismas. Resultaría imposible expresarse sin recurrir a la entonación, las pausas, la modulación del volumen, o sin acompañar nuestras palabras con algún leve gesto con las manos o pequeñas expresiones faciales.

La comunicación humana es un complejo entramado de sistemas entre los que se encuentra, por supuesto, el lingüístico, pero con el que no basta para lograr una comunicación eficiente. «Nuestro vocabulario expresa ideas, contenidos, pero es la forma de decirlo, nuestros gestos, nuestro cuerpo en conjunto el que enfatiza o niega lo expresado» (Aguado y Nevares, 1995: 147); es decir, es nuestra comunicación no verbal lo que completa nuestro mensaje y permite que la comunicación fluya con éxito.

La Comunicación No Verbal (CNV) es un campo de investigación interdisciplinar que se viene abordando desde áreas del saber tan diversas como la psicología, la psiquiatría, la antropología o la sociología, entre otras, lo cual explica la variedad de perspectivas desde las que se aborda su definición. En los años setenta, cuando el estudio de la CNV empezó a ganar relevancia, Aguirre y Beiras (1976: 48) la definían como «todo aquello que en una interacción humana puede ser percibido —independientemente de que lo sea o no— como informante —susceptible de brindar información— por un receptor humano, al margen, como apoyo o incluso como oposición al lenguaje verbal».

Más adelante, en los años noventa, Poyatos (1994: 17), uno de los grandes referentes en materia de CNV desde la perspectiva lingüística, explicaba que la CNV está formada por «[...] las emisiones de signos activos o pasivos, constituyan o no comportamiento, a través de los sistemas no léxicos somáticos, objetuales y ambientales contenidos en una cultura, individualmente o en mutua coestructuración».

Unos años más tarde, Ambady y Rosenthal (1998: 775) enumeraban los elementos que componían la comunicación no verbal:

Nonverbal communication refers to the communication and interpretation of information by any means other than language. Nonverbal communication includes communication through any behavioral or expressive channel of communication such as facial expression, bodily movements, vocal tone and pitch, and many other channels.

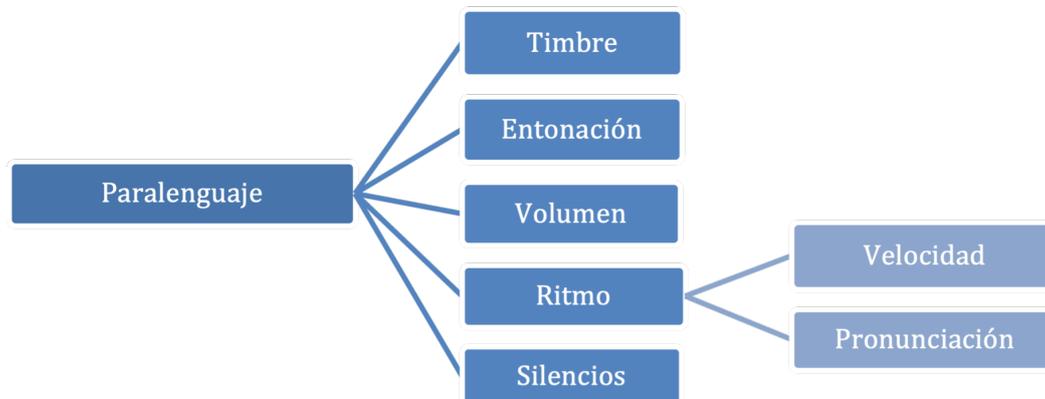
Por su parte, Cestero (2006 y 2014) simplifica la definición y establece que «la expresión “comunicación no verbal” alude a todos los signos y sistemas de signos no lingüísticos que comunican o se utilizan para comunicar», definición en la línea de investigación de Ekman (), pionero y referente en el estudio de la CNV desde el ámbito de la psicología, que aclara que la «nonverbal communication is a broad term used to describe the general act of relaying or transmitting information in ways other than verbal language. This can include things like our tone of voice, facial expressions, posture, gait, gestures, et cetera».

Por tanto, podríamos decir que la comunicación no verbal está compuesta por todos aquellos elementos —distintos de las palabras— que las acompañan y las complementan, y que transmiten información en un proceso comunicativo, ya sean empleados de manera consciente o inconsciente. Lejos de ser una cuestión meramente anecdótica, la CNV es un complejo entramado de elementos, entre los que podemos destacar, por un lado, el paralenguaje, esto es, la voz y todas sus características: timbre, entonación, volumen, ritmo —compuesto por velocidad y pronunciación— y silencios; y, por otro lado, la kinésica, compuesta por expresión corporal —esto es, gestos y posturas— y expresión facial —el movimiento de las facciones del rostro y la mirada—. Además de otros componentes culturalmente arraigados y definidos, como pueden ser la proxemia y la cronemia.

3.1. Paralenguaje

Poyatos (1994: 137) define el paralenguaje como las «cualidades no verbales y modificadores de la voz y sonidos y silencios independientes con que apoyamos o contradecemos las estructuras verbales y kinésicas simultáneas o alternantes». Por su parte, Valiente Boloy (2012: 6) lo describe como la «disciplina que estudia, desde el punto de vista fónico, las cualidades de la voz y sus posibles modificaciones, analiza los diferenciadores emocionales, las pausas y los silencios». Por tanto, podemos establecer que el paralenguaje se refiere a la voz y todas sus características, a saber: timbre, entonación, volumen, ritmo —compuesto, a su vez, por velocidad y pronunciación— y pausas o silencios.

Figura 1. Componentes del paralenguaje.



Fuente: elaboración propia.

Estos elementos están presentes en todo proceso comunicativo y, por tanto, en todo proceso interpretativo, por lo que es importante entender la función de cada uno de ellos y su influencia en la interpretación, para así comprenderlos y dominarlos.

3.1.1. *Timbre*

El timbre «depende de la longitud y grosor de las bandas vocales» (Poyatos, 1994: 30-34), por eso cada individuo posee un timbre de voz personal, aunque puede variar levemente en función del estado anímico: suele ser más grave si se está triste o preocupado, y más agudo si se está excitado o emocionado. Ahora, siendo que el timbre de voz es una característica muy personal de cada individuo, este puede afectar a la transmisión del mensaje; los tonos graves suelen asociarse con calma, mientras que los agudos, con nerviosismo.

Un ejemplo de los matices que el timbre puede aportar a un discurso se puede observar en los discursos de Leonard Cohen, cuyo timbre —grave y sonoro— aporta una tranquilidad y sosiego a sus relatos. Dado que, como se ha explicado, se trata de un elemento de la comunicación no verbal no imitable, cabe preguntarse cómo un intérprete ha de enfrentarse a su trabajo; en este caso, recurrirá a las herramientas que tiene a su alcance, como puede ser la entonación, un elemento moldeable —como veremos a continuación— que permitirá aportar al mensaje verbal los matices necesarios para que el sentido se mantenga inalterado.

3.1.2. *Entonación*

Uno de los elementos de la comunicación no verbal que más se tiene en cuenta, sobre todo inconscientemente, es la entonación, pues es una de las características más perceptibles y posee una carga informativa considerable. Es la entonación la que permite saber dónde empieza y dónde acaba una frase, si se trata de una pregunta o una afirmación, si el orador está siendo irónico.

La entonación nos permite, desde el punto de vista funcional, distinguir enunciados diversos como afirmación, pregunta, exclamación... Desde el punto de vista sociolingüístico, la entonación cumple también un importante papel, pues, además de la información estrictamente personal —sexo, edad, estado de ánimo, etc.—, nos proporciona los datos relativos al grupo al que pertenece el individuo analizado: procedencia geográfica, grupo social, nivel cultural, etc. (Carcedo González, 1994: 160)

Una entonación adecuada por parte del orador servirá de ayuda al intérprete en el proceso de comprensión del discurso original, del mismo modo que una correcta entonación por parte del intérprete servirá de ayuda al público en el proceso de comprensión del discurso traducido; además resulta de extrema importancia para mantener la imparcialidad y fidelidad a la que se debe todo intérprete, pues se puede llegar a modificar por completo el sentido de una frase o expresión si no se entiende o no se emplea adecuadamente la entonación. El ejemplo más claro es la ironía, marcada con elementos no verbales y que pueden transmitir la idea opuesta que las palabras empleadas, o el famoso discurso que pronunció Hugo Chávez en la LXI Asamblea General de la ONU (2006), donde calificó al presidente de los Estados Unidos de «diablo», lo cual hizo con una entonación seria y descendente.

No así la intérprete, que recurrió a una entonación ascendente, rozando la risa, cambiando así el sentido de las palabras pronunciadas, que, curiosamente, estaban perfectamente traducidas a nivel lingüístico, demostrando así la importancia de la correcta interpretación y empleo de la entonación para la adecuada transmisión del mensaje con sus matices, intenciones y sentidos.

Podemos concluir, pues, que el intérprete deberá ser capaz de entender cómo la entonación modifica el sentido de las palabras y ser capaz de incorporar ese matiz de sentido en su traslación al idioma y cultura de destino. Por tanto, en líneas generales, el intérprete debe intentar reproducir la entonación del ponente, siempre y cuando no se trate de una entonación que resulte extraña en el contexto y cultura metas, aunque también es posible que lo modifique, dentro de los límites razonables, no solo para adaptarlo a la entonación natural de la lengua meta, sino también por razones de adaptabilidad al público, manteniendo siempre como objetivo final transmitir el mensaje original con el mismo sentido e intención y manteniendo el mismo efecto.

3.1.3. Volumen

«El volumen depende del esfuerzo respiratorio y articulario y es [...] uno de los efectos comunicativos más elocuentes, pasando de un grado a otro gradualmente o de repente. El volumen posee una función gramatical, puede resaltar una parte, una sílaba acentuada...» (Poyatos, 1994: 31).

Como es de suponer, el volumen ha de adecuarse a la situación y al contexto de la comunicación, aunque este puede variar a lo largo de un mismo discurso, empleándolo como elemento comunicativo para enfatizar una parte del discurso, resaltar una idea o transmitir una emoción concreta. Dicho esto, no debemos olvidar que un volumen excesivamente alto puede resultar agresivo y cansino, del mismo modo que un volumen excesivamente bajo puede interpretarse como timidez y es muy probable que provoque la pérdida de atención de los interlocutores.

Un ejemplo del uso del volumen como elemento comunicativo lo encontramos en los discursos de Malala, sobre todo los pronunciados en su adolescencia, pues recurría a elevaciones del volumen para resaltar distintos elementos y fragmentos de sus charlas.

Respecto a este elemento no verbal, el intérprete podrá tomar al ponente como referente, en caso de que el contexto le permita mantener el mismo juego de volumen que este —por ejemplo, en una interpretación consecutiva—, pero no siempre tomará al ponente como referencia necesariamente, pues si se trata de una interpretación simultánea en cabina, el volumen tendrá que adaptarse a las características de este contexto, en el que el intérprete se encuentra en una cabina con micrófono y el público escucha la interpretación a través de unos auriculares. Al igual que en el caso anterior, en una situación como la descrita, el intérprete recurrirá igualmente a variaciones del volumen, pero menos marcadas dadas las limitaciones de la cabina, así como a variaciones en la entonación para poder enfatizar los mismos elementos del discurso que enfatiza el ponente.

3.1.4. Ritmo

El ritmo es, según el diccionario de la RAE, la «armoniosa combinación y sucesión de sílabas y acentos, y de pausas y cortes en el texto, especialmente en el de carácter poético». Se trata de una definición bastante acertada, aunque esta combinación y sucesión de sílabas no siempre es armoniosa ni tampoco se limita tan solo a los textos de carácter poético. Según Poyatos (1994: 34), el ritmo es la «velocidad relativa en la emisión sucesiva de las palabras[...]». A esta definición cabe añadir también el concepto de *articulación*, puesto que en el contexto de la comunicación no verbal, el ritmo está compuesto por velocidad y articulación.

Por un lado, la velocidad de las palabras es el pulso del discurso, que en español suele encontrarse entre las ciento cincuenta y las doscientas palabras por minuto (EnClave ELE); no obstante, esta velocidad puede variar, voluntaria o involuntariamente, a lo largo de un discurso. Del mismo modo, un exceso de velocidad puede ser interpretado como falta de control sobre las emociones o como nerviosismo, al igual que una lentitud extrema puede hacer que el discurso pierda cohesión y hará que los interlocutores dejen de prestar atención. La articulación, por otro lado, consiste en la correcta dicción de las palabras, mediante la correcta pronunciación de cada letra y sonido con la suficiente claridad para que el mensaje sea comprendido.

En la medida de lo posible, el intérprete debe ser fiel al ritmo del discurso original, pues también transmite información sobre la intención y actitud del ponente, así como sobre el sentido del discurso. Ahora bien, es importante tener en cuenta las limitaciones intrínsecas de la interpretación: en el caso de la consecutiva, no debemos caer en una imitación del orador, que puede resultar faltona; y en el caso de la simultánea, mantener el mismo ritmo que el ponente resulta una tarea que no siempre se presenta como factible, puesto que en el caso de un orador cuya velocidad sea elevada, mantener el mismo ritmo exacto puede resultar complicado y exigirá al intérprete analizar profundamente su discurso para poder sintetizar y así no perder información importante. Del mismo modo, un ponente excesivamente lento puede crear dificultades a la hora de comprender el discurso, por lo que el intérprete puede verse obligado a modificar dicha velocidad, no solo para tener margen de comprensión, sino para producir un discurso comprensible para el público.

Un ejemplo de la influencia de este elemento en la transmisión de un mensaje lo hayamos en el discurso que pronunció John Banville en los Premios Príncipe de Asturias de 2014; probablemente debido al nerviosismo, el

ritmo de Banville era rápido y entrecortado, características que no se deben imitar en un caso así, pues supondrían una imitación carente de sentido que caería en la burla. En un caso como este, el intérprete ha de unificar el ritmo, siguiendo una velocidad similar a la del ponente, pero manteniendo una dicción clara, comprensible y correcta.

3.1.5. Pausas y silencios

Al igual que sucede con la comunicación no verbal en general, a las pausas y silencios que se producen en un discurso se les suele conceder poca importancia, a pesar de que poseen una función y papel notables en la comunicación, pues su carga informativa es notable. «Las pausas vacías de un discurso están cargadas de significado, constituyen elementos retóricos claves que pueden dar énfasis a un discurso, reflexionar o imponerse por las circunstancias sociales y las propias del entorno» (Valiente Boloy, 2012: 8).

Saber controlar los silencios es un arte difícil de dominar y crucial a la hora de pronunciar un buen discurso. Normalmente, cuando se está nervioso, se intenta llenar todos los silencios, con la creencia de que estos darán lugar a creer que se está nervioso o perdido, cuando, en realidad, el efecto es el contrario. Saber cuándo hacer una pausa y cuánto prolongarla más que denotar nerviosismo, muestra seguridad, deja tiempo para la reflexión, remarca un elemento del discurso en concreto, genera expectativa y atención en el público; en definitiva, los silencios, lejos de estar vacíos de contenido, poseen una carga informativa importante y una función discursiva notable; pueden estar estratégicamente empleados para crear un determinado efecto o resultado en el público.

Appropriate pauses do add to the meaning of a speech and give interpreters time to gather their thoughts in order to provide a better interpretation. However, some interpreters may feel under pressure to keep up a continuous flow of sound. The interpreters think the audience will become impatient and lose confidence in them because the hearers seem to be missing something. (Besson *et al.*, 2005: 8)

Ejemplos del un uso consciente y eficaz de los silencios los encontramos en los discursos de Barack y Michelle Obama —especialmente el primero—, pues recurren a este elemento para recalcar ciertos elementos de sus ponencias, incitar a la reflexión, crear expectativa y marcar determinadas actitudes ante ciertos temas.

Al igual que sucede con el ritmo, el intérprete debe intentar mantener, en la medida de lo posible y siempre teniendo en cuenta las limitaciones de cada situación, los mismos silencios que el ponente, pues suelen estar colocados estratégicamente en el discurso y poseen una carga informativa relevante en la transmisión del mensaje. Cabe destacar, sin embargo, que el desfase que se da en la interpretación simultánea —es decir, el margen que existe entre el comienzo del discurso del ponente y el comienzo del discurso del intérprete— puede obligar al intérprete a reducir la duración de estas pausas y silencios, pero no debería suprimirlos, pues, como decimos, aporta sentido, intención y matices al discurso que no deberían perderse.

4. Conclusiones

4.1. Formación en destrezas

Como veíamos en el apartado *La competencia interpretativa*, la formación del intérprete suele centrarse en el desarrollo de destrezas como el conocimiento lingüístico, cultural y temático, la comprensión y expresión oral, y la rapidez mental, habilidades esenciales en el proceso interpretativo, pero no más importantes que la capacidad de atención, la concentración, la memoria, así como la capacidad de análisis, síntesis y la división de la atención. A lo largo de nuestra experiencia docente, hemos podido observar que un correcto desarrollo de estas habilidades como ejercicios de introducción a la interpretación mejora considerable y exponencialmente la evolución del alumno en el proceso de aprendizaje de la interpretación.

Siendo esta la conclusión de nuestras observaciones, proponemos una serie de ejercicios que permitirán al alumno y al docente dirigir la formación en interpretación para un mejor aprovechamiento del proceso formativo.

Para el desarrollo de la capacidad de atención, concentración y memoria, se proponen tres ejercicios:

- 1. Memoria visual y atención.** Se mostrará a los alumnos una imagen compuesta por una serie de objetos —la cantidad irá en aumento a medida que los alumnos vayan evolucionando en la formación, empezando con una media de ocho o diez elementos y pudiendo llegar a veinte o veinticinco—, que los alumnos observarán durante sesenta o noventa segundos (en función de la cantidad expuesta). Una vez transcurrido este tiempo, los alumnos deberán enumerar, en orden de aparición, los objetos que han observado. Según vayan avanzando en el desarrollo de la destreza, se pedirá al estudiante que dé más detalles sobre los objetos observados, como colores, posiciones, cantidades, etc.
- 2. Memoria auditiva, atención y concentración.** Se leerá a los alumnos una serie de palabras —al igual que antes, la cantidad y dificultad irá en aumento a medida que avancen las clases— que pueden tener relación temática, semántica, narrativa; poseer similitud en la pronunciación o variaciones mínimas en la misma; o no tener relación alguna. Se les leerá la lista de palabra tres veces, tras lo que tendrán que repetir las. Al igual que en el caso anterior, el primer nivel consistirá en repetir las independientemente del orden; en el

segundo nivel, deberán repetirlas en orden; en el tercer nivel, ordenarlas alfabéticamente sin anotar nada; y así según vayan evolucionando.

3. **Memoria, atención, concentración, capacidad de análisis y síntesis.** Los alumnos escucharán un discurso breve —de tres a cinco minutos— y tendrán que responder a una serie de preguntas sobre su contenido. A medida que vayan evolucionando, la dificultad irá en aumento con duraciones más largas, discursos con datos concretos, preguntas más específicas en cuanto a la información aportada, etc. Lo ideal es realizar el ejercicio sin anotaciones.
4. **Capacidad de análisis y síntesis.** Los alumnos escuchan un discurso breve —pueden emplearse los mismos discursos que en el ejercicio anterior— sin tomar notas; tras esto deberán resumir las ideas principales del mismo, diferenciándolas de las secundarias y las aclaraciones o anécdotas que carecen de relevancia en la transmisión del discurso. En un segundo nivel de dificultad, deberán no solo resumir, sino reproducir el discurso como si de una interpretación se tratara, pero siempre evitando la toma de notas durante la escucha.

En casos en los que los alumnos muestren una dificultad considerable a la hora de analizar y sintetizar el discurso, se podrá recurrir a las transcripciones de los discursos, y los alumnos deberán resumir en una frase la idea principal de cada párrafo. Después deberán comprobar si el conjunto tiene sentido y si lo que han sintetizado por escrito es lo que concluyen al oír de nuevo el discurso.

4.1. Formación en comunicación no verbal

La comunicación no verbal es uno de los elementos más importantes en cualquier proceso comunicativo —y, por ende, en cualquier proceso interpretativo—, pues transmite información de gran importancia que puede ayudar al receptor a comprender el mensaje verbal o, por el contrario, a ver más allá de las palabras y entender aquello que, a pesar de su relevancia, no se expresa de manera verbal. «Abordar la comunicación no verbal es tratar de entender aquello que no dicen las palabras, pero que es tan cierto o más que lo que estas significan» (Aguado y Nevares, 1995: 153).

La comunicación no verbal forma parte del mensaje transmitido y es importante que se interprete su significado en el conjunto de la situación comunicativa y se añada al de las palabras. En el caso de la interpretación, la comunicación no verbal cobra, si cabe, todavía más importancia, pues a pesar de que existen expresiones no verbales universales, muchas otras varían de una cultura a otra, lo cual significa que el intérprete ha de tener en cuenta estas variaciones e incluirlas en su interpretación para así facilitar la comunicación y evitar malentendidos. Asimismo, en ocasiones, las respuestas de los interlocutores son únicamente no verbales: una mirada, un gesto, un movimiento pueden ser los únicos elementos que constituyan un mensaje, y el trabajo del intérprete consiste en reproducir e interpretar toda la información que se transmita entre los interlocutores, sea esta verbal o no.

Cuando el mensaje del orador se limite a elementos no verbales, es decir, expresiones faciales o movimientos, gestos que sustituyen la expresión verbal en el discurso original, el intérprete deberá determinar si pueden ser interpretados por el público que no habla el idioma del ponente —por ser universales o similares en significado a los de la lengua y cultura meta— o si, por el contrario, deben ser traducidos verbalmente en el discurso meta porque pueden no ser comprendidos o llevar a malentendidos debido a las diferencias culturales. Al igual que un intérprete analiza los elementos verbales para escoger el modo más adecuado de traducirlos, recurriendo a una u otra palabra, el mismo proceso deberá seguir a la hora de traducir elementos no verbales; la decisión de traducir un elemento no verbal, y la importancia de hacerlo, deberá ser juzgado y decidido por el intérprete, basándose siempre en sus competencias profesionales (Poyatos, 1997: 254-255).

Es relevante también recalcar que la comunicación no verbal funciona en todas las direcciones; es decir, todos los intervinientes en un proceso comunicativo emplean la comunicación no verbal para expresarse, consciente o inconscientemente, e interpretan la comunicación no verbal del otro, una vez más, consciente o inconscientemente. Por ello, los intérpretes deben prestar atención tanto a la comunicación no verbal de los interlocutores, e incluirla o no en su mensaje verbal, como a la suya propia, pues esta tan solo deberá emplearse para transmitir el mensaje interpretado y en ningún momento debe reflejar la opinión o emoción del intérprete, ya que este es un elemento externo al proceso comunicativo. Esto es, el intérprete debe actuar como mero puente, como conducto que haga viable la comunicación entre culturas distintas, entre personas que se expresan en idiomas diferentes, pero bajo ningún concepto puede intervenir en dicho proceso comunicativo con su propia opinión.

En cuanto a la decisión de incluir o no los elementos no verbales en la interpretación, no se puede categorizar y dar respuestas absolutas, esa es parte de la función del intérprete. Al igual que durante su trabajo decide qué palabras escoger, cómo conjugar un verbo o cómo transmitir una idea ajena a la cultura de destino, el intérprete ha de analizar la comunicación no verbal con los mismos criterios que la verbal, sin olvidar que los interlocutores se ven entre sí y también son capaces de analizarla.

La cuestión de la comunicación no verbal y la visibilidad de esta para todos los intervinientes en el proceso comunicativo, sean de la misma cultura o no, compartan el mismo idioma o no, es delicada, precisamente por esa falta de respuestas absolutas. A menudo, cuando se habla de comunicación no verbal, se tiende a pensar que cada

movimiento tiene un significado muy concreto, definido e invariable —de hecho, se han publicado diversos libros que intentan crear dicho glosario de gestos—; no obstante, comprender lo que realmente es la comunicación no verbal significa entender que no existen significados únicos a cada movimiento, gesto o característica de la voz, sino que el contexto en su totalidad aporta sentido a cada elemento no verbal en cada momento.

«Los signos no verbales son plurifuncionales» (Cestero 2014:133), no tienen una única función, todo depende del contexto en el que se den, su significado viene determinado por el conjunto de elementos verbales y no que lo acompañan. No podemos analizar los elementos no verbales de manera aislada e individual, pues esto tan solo nos llevaría a interpretaciones erróneas y carecería de valor alguno, sino que debemos entenderlos como parte de un todo: el proceso comunicativo.

La postura, el movimiento, el gesto, la mirada, la expresión facial, la situación comunicativa, la relación entre los interlocutores, la temática de la conversación, las opiniones de los hablantes, todo influye en el significado de cada elemento no verbal, y la información que transmiten es tremendamente reveladora. Esto significa que el intérprete ha de ser un audaz observador y saber interpretar tanto la comunicación no verbal de los emisores como la suya propia en aras de transmitir el mensaje con exactitud e imparcialidad y ofrecer así un trabajo de calidad.

Todo este conocimiento, control y capacidad de análisis de la comunicación no verbal requiere tiempo, preparación y práctica, al igual que el ejercicio de la interpretación en su conjunto; por ello, la formación en materia de comunicación no verbal debería incluirse en todos los niveles de estudios de traducción e interpretación, para así formar intérpretes preparados que puedan enfrentarse a todo tipo de situaciones comunicativas, ofreciendo un servicio de calidad que eleve la profesión de interpretación al nivel que se merece en la sociedad.

5. Agradecimientos

El presente trabajo ha sido realizado (parcialmente) en el seno del proyecto “Adaptación multilingüe y multi-dominio para la optimización del sistema VIP” (VIP II; ref. PID2020-112818GB-I00, 2021-2025, Ministerio de Ciencia e Innovación).

Referencias

- ABUÍN GONZÁLEZ, M. (2004). «Problemas y estrategias en la interpretación consecutiva: consideraciones metodológicas». *Puentes* 3: 19-28.
- AGUADO, A. / NEVARES, L. (1995). «La comunicación no verbal». *Tabanque: Revista pedagógica* 10-11: 141-154.
- AGUIRRE, G. / BEIRAS, T. (1976). «Datos para una investigación sobre comunicación no verbal». *Anuario de psicología* 15: 37-60.
- AMBADY, N. / ROSENTHAL, R. (1998). «Nonverbal communication». *Encyclopedia of Mental Health*. Harvard: Universidad de Harvard, 775-782.
- BESSON, C. / GRAF, D. / HARTUNG, I. / KROPFHÄUSSER, B. / VOISARD, S. (2005). *The importance of non-verbal communication in professional interpretation*. AIIC.
- CARCEDO GONZÁLEZ, A. (1994). «Enseñar la entonación: consideraciones en torno a una destreza olvidada». *Problemas y métodos en la enseñanza del español como lengua extranjera: actas del IV Congreso Internacional de ASELE (Asociación para la Enseñanza del Español como Lengua Extranjera)*, 257-266.
- CASTILLO, G. (1982). «El comportamiento no verbal y el concepto de totalidad en el proceso de la comunicación». *Revista Comunicación y Medios* 2: 61-67.
- CESTERO, A. (2006). «La comunicación no verbal y el estudio de su incidencia en fenómenos discursivos como la ironía». *Estudios de lingüística: E.L.U.A.* 20: 57-78.
- CESTERO, A. (2014). «Comunicación no verbal y comunicación eficaz». *Estudios de lingüística: E.L.U.A.* 28: 125-150.
- EKMAN GROUP: [HTTPS://WWW.PAULEKMAN.COM/NONVERBAL-COMMUNICATION/](https://www.paulekman.com/nonverbal-communication/)
- EKMAN, P. (2015 [2003]). *El rostro de las emociones*. Barcelona: RBA. Trad. de: Jordi Joan Serra.
- ENCLAVE ELE: [HTTPS://ENCLAVE-ELE.NET/](https://enclave-ele.net/)
- KELLY, Dorothy (2002). «Un modelo de competencia traductora: Bases para el diseño curricular». En *Puentes*. Número 1. 9-20.
- POYATOS, F. (1994). *La comunicación no verbal (Vol. II): Paralenguaje, kinésica e interacción*. Madrid: Istmo.
- POYATOS, F. (1997). «The reality of multichannel verbal-nonverbal communication in simultaneous and consecutive interpretation», en F. Poyatos (ed.), *Nonverbal Communication and Translation: New Perspectives and Challenges in Literature, Interpretation and the Media*. Amsterdam, Philadelphia: John Benjamins Publishing Co., 249-282.
- VALERO, C. / SCHNELL, B. / RODRÍGUEZ, N. / CUÑADO, F. (2015). «Estudio preliminar sobre el ejercicio de la interpretación y traducción judicial en España». *Sendebare: Revista de la Facultad de Traducción e Interpretación* 26: 137-166.
- VALIENTE BOLOY, Y. (2012). «La comunicación no verbal y su relación con la interpretación», en: *Actas ACTI*. Ponencia presentada en el VIII Simposio de Traducción, Terminología e Interpretación Cuba-Canadá.